

Ante una acertada medida

Con ocasión de la reciente ordenanza que prohíbe el toque de cornetas de automóviles y de otros vehículos en Caracas, —medida a todas luces acertadísima, y que pronto ha sido imitada en otras ciudades del interior—, algunos lectores nos han indicado que sería oportuno reproducir algo que acerca del tema del ruido se había publicado en las páginas de SIC. En efecto; hace un año, nuestro redactor Padre Plaza publicó un breve ensayo, lleno de atinadas observaciones, bajo el título de "La Naturaleza: Gran Reeducadora del Hombre". Los párrafos de dicho escrito cobran, sin duda, especial actualidad en estos días, cuando nuestras ciudades pueden empezar a gozar un poco de la disminución de tantos ruidos inútiles; con lo cual no sólo se contribuye a la mera comodidad, sino sobre todo a la salud física y psicológica del conglomerado social.

Estamos seguros, pues, de que nuestros lectores gustarán de releer ahora estas oportunas y prudentes consideraciones.

N. de la R.

El ruido de la gran ciudad.

Entre los múltiples factores "desintegrantes" que alberga toda gran ciudad, fijémosnos siquiera en uno de ellos —el ruido—, no porque sea el más mortífero de todos, sino por su agobiadora universalidad, máxime en ciudades que, como Caracas, están atravesadas, de punta a punta, por bocinazos de autos, apretujamiento de vehículos y falta de oxígeno.

En casi todas las metrópolis de hoy podrán escasear los víveres sanos y a buen precio; pero en cambio se cosecha en abundancia un ruido ensordecedor y estridente.

"Las urbes son ruidosas, inevitablemente escandalosas, francamente insoportables, pese a los esfuerzos de autoridades y reuniones de congresistas para silenciarlas. Podrán evitarse —dificilmente— las explosiones estruendosas de camiones y motocicletas, las estridencias de los claxons y otras señales acústicas de alarmas, los cánticos de los trasnochadores y voces de revendedores; pero son inevitables los

golpes sobre los carriles tranviarios a las altas horas de la madrugada, la trepidación de monstruosos vehículos de carga, la sincronizada serenata de los perforadores a presión del pavimento; los chirridos del tranvía y otros muchos infinitos estrépitos metropolitanos". (Vallejo Nájera).

Un primer efecto de este ruido abrumador es el "ensordecimiento" paulatino: decrece la agudeza auditiva y sobreviene el embotamiento. No digamos nada del ruido a que están sometidos de continuo cientos de obreros capitalinos; cuya sensibilidad acústica no tarda en degenerar en "dureza de oído" y, a veces, en sordera. Pero lo más trrible de todo es que el ruido repercute y martillea directamente en el pbrre cerebro del hombre. Muchos experimentos interesantes podrían citarse. Y con el cerebro, todo el sistema nervioso; el ruido lo exagera, lo pone en tensión, lo convulsiona.

A través de estas convulsiones nerviosas, influye el ruido de la totalidad de

la persona, provocando en ella un torbellino de malhumor y de vivencias desapacibles. Indudablemente que estos efectos se agravan en aquellas personas que ya adolecen de alguna neurosis o que son hipersensibles. En ciertos sujetos, el ruido desencadena verdaderas alteraciones psíquicas, como resultado de la ruptura del equilibrio psicoafectivo.

Por sus efectos deletéreos, ciertos ruidos deberían considerarse como un "delito sanitario" (Lessing), o como un atentado contra la salud mental: piénsese por un momento en el reguero de malhumor que va sembrando, a su paso, una motocicleta a todo gas... y más, cuando la conduce un agente de tráfico.

Consecuencia del ruido callejero, desapacible y prolongado, de la urbe populosa es, en no pocos casos, la "neurosis de ruido". Se caracteriza por irritabilidad, malhumor y desesperación. Estos neuróticos son sujetos que "tienen los nervios de punta" y el alma "en carne viva".

Ruido y trabajo intelectual.

Los más afectados por el ruido inoportuno de la urbe son los beneméritos trabajadores intelectuales. Se comprende! Sujetos de ordinario dotados de una fina sensibilidad, requieren un "clima" psíquico especial para sus producciones. Porque toda obra creadora supone un esfuerzo de concentración, una actitud de entrega efectiva a la tarea que se desarrolla. De ahí que —con contadas excepciones— todos los obreros del espíritu —artistas literatos, científicos, etcétera— hayan sido extremadamente exigentes en punto a silencio y reposo. En algunos de ellos, llegó a prender una verdadera fobia contra el ruido. Vayan algunos ejemplos pintorescos:

"Schiller, Beethoven, Byron, Schelley, Musset, Víctor Hugo, Zola y otros fueron muy sensibles al ruido. Carlyle vivió obsesionado con el silencio, hasta el punto que su mujer hubo de comprar todos los gallos del contorno, para evitar malas noches al escritor, que trabajaba en un cuarto provisto de doble pared rellena de turba. Aunque Goethe se empeñó en acostumbrarse al estrépito, marchando largo rato al lado de los tambores, para endurecer el oído, termina por la adquisición de la casa vecina, para mantener la deshabitada y que los inquilinos no le molestasen. Ricardo Wagner alejaba los molzabetes de la proximidad de su ventana, sembrando la calle de cristales, cascotes de botellas y agudos guijarros. Marcel Proust pasó gran par-

te de su vida encerrado en una habitación tapizada de corcho". (Vallejo Nájera).

Pobre intelectual que se proponga trabajar en ciertas "zonas" de Caracas! el estridente altavoz de enfrente —pese a todas las ordenanzas municipales— le acaba de brindar una noche toledana; cuando, llegado el día, se dispone a trabajar, entran en acción cuatro sierras mecánicas de la "moderna" carpintería, su vecina, las cuales le hacen coro al vocerío apelmazado de centenares de niños de una concentración escolar... Cuando nuestro hombre, a punto de desesperarse, perdida la mañana y hechos jirones sus nervios, se decide a abandonar el infructuoso trabajo y a "dar una vuelta", para despejar la cabeza ¡pobre de él! Vendedores y revendedores de chucherías lo asaltan a mansalva; tiene que abrirse paso, por las angostas aceras, a través de una nube de billetteros, baratijeros, de inmigrantes que tienen copada la esquina o de pierdetiempos que platican sobre toros, boxeo o política; y cuando menos lo piensa, el chirrido estridente del pregonero lo atraviesa de parte a parte. Y todo esto porque va a pie. No hablemos de lo que le sucedería si tiene la peregrina ida de tomar un carro, allá, en el corazón de Caracas!

La Higiene Mental.

Con el loable propósito de prevenir o remediar tantos males, como pululan en nuestras "modernas" ciudades y en esta época decrepita de supercivilización, surgió llena de optimismos la Higiene Mental, tanto o más necesaria, por cierto, que la Higiene orgánica.

Su tarea es, desde luego, más noble: porque trata de conservar intacto o de reajustar algo que vale más que la salud del cuerpo: el equilibrio de la mente.

Y nótese que de este equilibrio depende, en parte, el mayor o menor número de trozos de felicidad, que pueden hacer amable la vida.

Así lo comprendieron Sikorsky, Forel, Sommer y sobre todo, Clifford Wittin-ghan Beers! Este último, como médico acuchillado, se propone la noble empresa de mejorar la asistencia de los alienados y de evitar que otros degeneren en francos trastornados de la mente. En 1908 escribe una especie de autobiografía: "Un alma que se encuentra a sí misma"; en el mismo año, funda la "Sociedad de Higiene Mental de Connecticut", que dió origen más tarde a la Liga Internacional de Higiene Mental. No es este el momento de entrar a exponer

el vasto programa de esta Liga ni los grandes beneficios que ha prestado a la humanidad. Nótese, de pasada, que esta Liga insiste mucho en el saneamiento de las costumbres y en la represión del libertinaje, considerándolos como factores decisivos en la etiología de los trastornos mentales.

Respecto del ruido metropolitano, miss Rice emprendió la obra de misericordia de silenciarlo, abriendo una verdadera campaña contra el estrépito. Primeramente, se contentó con hacer respetar los alrededores de hospitales, clínicas y sanatorios; más tarde, extendió su radio de acción a las escuelas y establecimientos pedagógicos. Fruto de esta campaña, llevada a cabo muy a la americana, ha sido silenciar en parte, algunas de las grandes ciudades norteamericanas.

La Naturaleza, insigne colaboradora de la Higiene Mental.

Uno de los más poderosos recursos con que cuenta la Higiene Mental para prevenir los trastornos mentales o para reajustar el psiquismo descabalado es el estupendo sanatorio de la Naturaleza.

Efectivamente: la Naturaleza posee características antitéticas a las de la urbe moderna.

Frente al estrépito de la ciudad, el campo posee un delicioso silencio serenador, apenas entrecortado, no ya por la estridente alzagara, sino por rumores y cantos.

Frente a la febril agitación, yace el campo quieto, mudo y sosegado.

Frente al ambiente confinado, caótico y repleto de miasmas, el campo es puro horizonte y en él circula, sin cortapisas, el oxígeno y la brisa.

Frente a la ficción del vicio y el convencionalismo, el campo viste siempre su traje de sencillez, sigue sus costumbres patriarcales y usa de absoluta sinceridad.

¿Qué más sincero que una roca?

¿Qué cosa más sencilla que la brisa?

¿Qué hecho más contundente que una palmera, bien arraigada, quieta, inmovil?

Ahí se extiende el mar: sin ironías ni máscaras; puro azul, pura superficie. Todo él, oleaje y ritmo perpetuo. No entiende el mar de diplomacias, política o comercio; y, sin embargo, es una realidad indiscutible, que se impone por su milagrosa belleza.

Nada, pues, de extraño que estos seres sencillos, de estructura diáfana, de costumbres patriarcales, al ponerse en contacto con el hombre, le contagien su transparente serenidad.

Esa es, en efecto, la obra de misericordia que ejercitan con el hombre el mar, el bosque o la fuente! Cuántas veces se acerca el hombre cansino, agrietado, cubierto con el polvo gris de nuestro siglo, y la fuente o el pinar, quietísimamente, sin ruidos ni aspavientos le van quitando, una tras otra las láminas opresoras de la inquietud! ¡Lo bañan de claridad interior! Cuánta carga tormentosa no se derritió, como cera, junto al hecho contundente del torrente que cae o del arroyo que pasa cantando!

Manos piadosas, manos hábiles, las de esos seres que enderezan lo torcido, alumbran lo oscuro, tonifican, sanean y oxigenan!

La Naturaleza, esencialmente sencilla, uha, en medio de su prodigiosa riqueza, produce seres unificados, traba y compacta el psiquismo.

Nuestra supercivilización dispersa, fatiga, sobrecarga.

La Naturaleza unifica, serena, tonifica.

En ella germinan seres psíquicamente sanos, emparentados, por su estructura interior, con la encina, el arenal o el remanso.

Y a los que han caído en dolorosos trastornos, no pocas veces ella, piadosamente, les devuelve la sonrisa y el propio yo perdido.

Carlos Guillermo Plaza, S. J.

